

La Serrana

Antonio Sancho Villar

Siempre fuimos buscadores de lo extraordinario, coleccionistas de imposibles, anacronías, leyendas; de objetos extraños. Rodrigo y yo nos conocimos de niños, y desde el primer momento compartimos esta pasión. Nos recuerdo en el patio del colegio, apartados de todos, explorando entre las raíces de un viejo magnolio en busca de hormigas, lombrices, algún escarabajo; guardando nuestros hallazgos en una caja de plástico transparente a la espera de ser revisados y clasificados más tarde, en los pupitres. Las monedas herrumbrosas de a céntimo, los envoltorios de chucherías extintas y los pedazos de papel en los que aún eran legibles unas pocas letras eran nuestros mayores tesoros, porque estos poseían una historia. No hay nada verdaderamente extraño en que una hormiga deambule por la tierra húmeda, más allá del hecho biológico del propio insecto, que ya es lo suficiente milagroso para algunos. Pero las palabras en el papel, las monedas... Su lugar natural no es la tierra, luego debe haber una historia que las haya llevado hasta allí, unos pasos previos, unos personajes incognoscibles de los que el objeto extraño es consecuencia y testigo mudo, del mismo modo que un diamante nos habla de las fabulosas fuerzas del infierno terrestre y de un aburrido pasado como carbono. Aquí reside la verdadera maravilla, y ya entonces Rodrigo y yo lo sabíamos.

Pasaron los años sin diluir nuestra afición ni nuestra amistad. Con el tiempo nuestros tesoros ganaron en sofisticación. Hace mucho que lombrices y plásticos dejaron de ser bastante. Abrimos una tienda en Sevilla que nos servía más como almacén y sala de estar que como un verdadero negocio, en el callejón de Matahacas, cerca de San Luis: *Sánchez y Peralta, Objetos Extraños*. Allí podía encontrarse un reloj de bolsillo que contabilizaba días de sesenta y ocho horas, la tercera parte del Quijote firmada por un improbable Cervantes, la cabeza disecada de un supuesto vampiro rumano, un sistema circulatorio completo conservado en cera, la dentadura de un auténtico caníbal de Nueva Guinea, arcillas hititas con la forma de aeroplanos, un mapa de Roma en el que se señalan calles e iglesias que nunca existieron, un libro con instrucciones detalladas para la fabricación de homúnculos, diversas curiosidades teratológicas conservadas en formol, un billete de cinco dólares con la efigie del emperador de Japón... El catálogo completo ocupaba varios tomos de contabilidad en mi escritorio. Estos ejemplos bastarán para hacer una idea de la naturaleza de nuestro comercio. Quizás no sea necesario añadir que las ventas eran escasas, pero Rodrigo y yo lo preferíamos así. Nos dolía desprendernos de nuestros tesoros, tanto que casi no nos compensaba la ganancia económica. Pocas personas habían oído hablar de la tienda y casi formábamos una cofradía de iniciados, Rodrigo, yo, nuestros pocos y fidelísimos clientes. Por las tardes nos acomodábamos en el local, tras la cristalera donde se exponía el reclamo del día. Unos pocos escalones conducían a la

sala baja, con suelo de madera, protegida de la luz exterior por cortinajes opacos que servían a un propósito real más allá de crear una adecuada atmósfera sombría: la mayor parte de nuestro género era fotosensible. Unas tenues lámparas alumbraban los estantes, las vitrinas donde refulgían, pendulaban, se retorcían o, sencillamente, se aposentaban los objetos extraños. Pasábamos las horas en la trastienda, donde habíamos construido un agradable salón con dos sillones orejeros y una mesilla, conversando, leyendo, investigando nuevas adquisiciones. Ésta era la parte más importante de nuestro trabajo: la recolección de historias.

Con el tiempo habíamos creado una extensa red de informantes que nos hacía llegar rumores, folclore, noticias, desde prácticamente cualquier rincón de Europa. Recortes de prensa, conversaciones escuchadas en cafés, fotografías borrosas, eran las primeras pistas que recibíamos. Después había que trasladarse al lugar en concreto o contactar con los implicados a través de nuestros empleados, reunir las piezas discordantes hasta reconstruir la historia del objeto. Éste era el momento favorito de Rodrigo. Para mí las leyendas, los orígenes sobrenaturales, no eran más que un añadido al artefacto, a la forma material que era el verdadero objeto de mi pasión. No era el caso de Rodrigo, que era un creyente. Para él nuestra colección no tenía sentido si no era como prueba de una realidad ajena a la materialidad, restos de un mundo perdido de sueños y monstruos que latía por encima de nuestras cabezas o bajo nuestros pies, tanto da. Desde el comienzo de nuestra amistad habían convivido en paz nuestras dos actitudes, los dos principios que subyacen a cualquier coleccionismo: la intuición mística y el fetichismo. Hasta el asunto de la Serrana.

Era de mañana, pero desde la trastienda no podíamos saberlo. Callábamos, cada uno hundido en su sillón y enfrentado al otro. Yo inspeccionaba con lupa la dirección de una casa inexistente, escrita a mano en la servilleta de una cafetería de Londres y enmarcada entre dos vidrios, nuestra última adquisición. De cuando en cuando levantaba la vista hacia Rodrigo, ocupado en un libro cualquiera. Sonó el teléfono tras el mostrador desatendido, me apresuré a contestar. Era Alonso Peña, uno de nuestros clientes más antiguos. Parecía agitado, y eso era siempre una buena señal.

—¿Sánchez, eres tú? Tengo algo que te va a interesar, amigo mío... Una ocasión histórica.

—Soy yo, don Alonso. Le escucho.

—He encontrado a un testigo, muy digno de crédito, que dice haber visto a la Serrana.

Repiqué los dedos contra la madera del mostrador. La Serrana era uno de los griaes del folclore ibérico, al nivel del *Bigfoot* americano y el *Yeti* del Himalaya, de los cuales ya teníamos briznas de cabello y moldes de huellas en la colección. Don Alonso era un tipo serio, aunque algo propenso a la fantasía. Un soñador, igual que Rodrigo. Procuré no hacerme ilusiones.

—¿Desde dónde llama?

—De muy cerca, muchacho. Estoy en una aldea de la Sierra Norte, San Millán Ignoto, a una hora de Sevilla.

Noté que Rodrigo había levantado la nariz de su libro y me miraba. Era capaz de oler los asuntos interesantes.

—¿Tiene su testigo algún objeto relacionado con la Serrana, don Alonso? ¿Una huella en el barro, un pedazo de su cuerpo? Lo que sea.

—Nada de eso. Es todavía mejor: dice que la ha visto todos los jueves desde hace tres semanas, siempre en el mismo lugar. Nos dejará verla, por un precio.

—Por supuesto, un precio. ¿Por qué se fía usted del tipo?

Don Alonso resopló. Mi escepticismo le sacaba de quicio.

—Es un viejo conocido de la familia, un hombre muy honesto. Respondo por él, Sánchez. Si me dices que venís os prepararé una casa en el pueblo. Mañana es jueves. Si consiguiésemos una fotografía de la Serrana...

Una fotografía era imposible. Probablemente no veríamos a la Serrana en ningún momento, manteniendo así convenientemente abierto el debate sobre su existencia. La fantasía arraiga mejor en el terreno de la ambigüedad. Pero sin duda podríamos encontrar una supuesta huella, un rastro... Quizás incluso un "pedazo" del cuerpo de la criatura, eso sería verdaderamente único, y su historia, real o imaginada, justificaría el objeto. Volví a tamborilear sobre el mostrador.

—De acuerdo, don Alonso. Esta misma noche estaremos allí, le llamaré al llegar.

Rodrigo había dejado el libro sobre la mesilla, esperaba ansioso a que devolviese el auricular del teléfono a su soporte. Me demoré a posta. Cuando por fin me di la vuelta no era capaz de ocultar mi interés. Él lo intuyó enseguida, solo hicieron falta tres palabras.

—Es la Serrana.

Poco después del mediodía teníamos todo preparado para el viaje. Rodrigo fue a su apartamento a hacer su maleta y a recoger el coche, mientras yo hacía lo propio con mi equipaje. Metí entre mis cosas un libro publicado en 1980 por un buscador de la Serrana, titulado *La diosa del monte*. El autor, un tal Raúl Poveda, había recorrido las montañas de la península en busca de la Serrana, y aunque jamás había logrado verla con sus propios ojos estaba seguro de haber seguido su rastro durante años, siempre a punto de alcanzarla. Incluso contaba haber sentido el aliento de musgo y barro de la criatura en su nuca, una noche, mientras se hacía el dormido en una gruta. Poveda, aunque considerado una eminencia en el mundillo de la criptozoología, era poco más que un chiflado imaginativo, pero su libro es lo más próximo que existe a un tratado científico sobre la Serrana. Esperé a que Rodrigo apareciese con el coche frente a la iglesia de San Luis. Era del tipo serio, mi amigo. Pero yo había aprendido a lo largo de los años a leer en sus silencios y sus miradas, y podía decir que se encontraba muy excitado. Mientras dejábamos atrás los bloques cúbicos de la ciudad y nos internábamos en el llano cortado por la carretera, le hice la pregunta que esperaba. No pretendía ser cruel, pero me sentía responsable de él, de sus fantasías.

—¿Esperas encontrarla de verdad?

Mantuvo la mirada fija en el horizonte de nubes que se iba oscureciendo a medida que nos acercábamos a la sierra. Se ajustó las gafas sobre la nariz, siempre lo hacía cuando cavilaba uno de sus discursos de iluminado.

—Espero encontrarla, pero no soy un ingenuo. No todas las leyendas son verdaderas, no todos los sueños tienen presencia en este mundo. Creo que la Serrana es real, igual que creo que la pesadilla que tuve anoche es real. Ambas existen junto con los ángeles, el dragón Fafnir y los tres reyes magos, todos en el mismo plano fantasmagórico que a veces, solo a veces, escupe uno de sus habitantes hacia la tierra. Como aquellas grabaciones del licántropo en Lvov, ¿recuerdas? No puedes negarme que aquello era verdadero...

Decidí cambiar de tema.

—¿Tuviste una pesadilla anoche?

—Sí, algo extraño... Soñé que merodeaba por una ciudad de antiguas estatuas de cuerpos rígidos, como egipcias o mesopotámicas. Sus caras eran invisibles. Las estatuas y los mausoleos habían sustituido los edificios usuales, y yo buscaba a una persona entre todo aquel silencio. Era de vital importancia que la encontrara, porque ella era muy importante para mí. Yo debía salvarla, no sé de qué, pero deambulaba cada vez más hundido entre las estatuas, las calles se volvían líquidas y yo me hundía en ellas. Entonces apareciste tú, pero con cola de pez, nadando en el líquido de los adoquines, diciéndome que dejara de gritar o la despertaría. Entonces me ahogué.

—Has dicho ella. La persona de tu sueño, a la que debías salvar...¿Era una mujer?

Rodrigo meneó la cabeza como tratando de ahuyentar una idea.

—Sí, supongo. Es lo de menos, no la llegué a ver en ningún momento.

Asentí, encendí la radio. Llevaba tiempo pensando que ese significado ultraterreno que mi amigo buscaba en los objetos extraños, esas carreras desesperadas de sus sueños, representaban en realidad la búsqueda de una mujer. No diré del amor, porque es una palabra esquizofrénica con demasiados significados. Tan solo esto: creo que Rodrigo añoraba a una mujer a la que nunca había conocido. Habíamos tenido historias a lo largo de los años, por supuesto, más o menos comprometidas. Pero, como en nuestro trabajo, Rodrigo tendía a la idealización y yo a la praxis. Mientras él anhelaba, como los realistas del debate escolástico, a “La Mujer” con mayúsculas de la que se derivaban el resto de mujeres corpóreas, yo, como buen nominalista, me conformaba con disfrutar de los cuerpos concretos, y confería a “La Mujer” el grado de fantasía o convención. En aquellos días yo solía verme con una chica agradable, de miradas dulces, llamada Beatriz. Por lo que sabía, Rodrigo encadenaba al menos un par de años de castidad.

Mientras Rodrigo conducía, flotando entre el paisaje móvil y la música de la radio, yo abrí el libro de Poveda y me dediqué a ojear las páginas más interesantes. Ya había leído *La diosa del monte* hacía tiempo, pero me sentía en la obligación de refrescar aspectos de la leyenda que íbamos a

cazar. Me detuve en el capítulo dedicado a las costumbres de la Serrana:

La Serrana, como otras deidades asociadas a los ciclos de la naturaleza y los bosques abolidas por la expansión del cristianismo, adoptó la forma de un espíritu, un habitante del folclore popular como tantos otros daimones. Vive en los montes agrestes, normalmente cerca de arroyos y manantiales donde puede plantar sus raíces. Se alimenta del agua, el sol y la brisa, aunque existen testimonios e historias que la hacen matar al ganado, sorber la sangre de los pastores y agricultores; aunque es amiga del cazador y no son pocas las leyendas que la convierten en una fuerza benéfica que guía a los hombres extraviados en la espesura, o que incluso mantiene relaciones sexuales con ellos. Aquí sale a la luz el pasado de la Serrana como diosa de la fertilidad, que también se manifiesta en el extenso corpus de cuentos en los que ayuda a concebir a una mujer estéril haciéndole comer raíces o semillas que brotan de su propio cuerpo; aunque las criaturas engendradas tras estas operaciones distan de ser humanas. En cuanto a su enemistad con ganaderos y agricultores, se comprende porque son éstos los que civilizan el monte agreste y lo convierten en pastos o cosechas, que ella aborrece. Así pues, como otros tantos dioses menores o fuerzas de la naturaleza —pienso aquí en Pan en los montes de Tesalia o los Tuatha de Dannan en Irlanda— la Serrana guarda un carácter dual hacia los humanos: es al mismo tiempo creadora y destructora, amante y furia, y estos cambios en su personalidad son caprichosos e imprevisibles, como la misma Naturaleza a la que encarna. En cualquier caso sus verdaderos pensamientos —si es que es capaz de ellos porque la Serrana, como todos estos seres, es anterior al pensamiento— están velados a los mortales.

La Serrana rehuye el contacto con la civilización y las grandes masas de hombres. Solo se presenta, así lo atestiguan todas las leyendas asociadas a ella, a hombres y mujeres solitarios, aunque existen testimonios que la sitúan paseando, quizás desorientada, por las calles de alguna aldea remota o incluso entrando en granjas aisladas, siempre de noche pues es la hora propicia para dioses y espíritus, como todo el mundo sabe. Las ermitas e iglesias le producen ira y temor, el sonido de las campanas la ahuyenta. Aún así, yo mismo encontré en el pueblo de Donalvar, en los Montes de Toledo, una iglesia destruida por una avalancha de hiedra y raíces trepadoras que creció de la noche a la mañana por designio de la Serrana, según me relataron los lugareños. Pude comprobar que esto era cierto por las huellas multidactilares características de la Serrana, y ese olor a musgo y tierra húmeda que marca siempre su presencia, el mismo que he sentido en todas sus guaridas o santuarios, desde Sierra Nevada al Cantábrico. La ubicuidad parece también ser un atributo de la Serrana, porque se la encuentra en todos los lugares donde crecen encinas y robles,

donde aún queda un parche de monte o páramo salvaje vedado a la civilización.

Volví la página para observar la fotografía en blanco y negro de la ermita derruida en Donalvar, tragada por la selva. Tanto podía llevar arrasada una hora que un milenio. Y en cuanto al olor a musgo y tierra húmeda, no se me ocurría aroma más común en el campo. Poveda había perseguido esa leyenda, que él creía real, durante años, vagabundeando por las aldeas más remotas sin obtener una prueba tangible de su existencia. Al menos pudo escribir un libro sobre ello.

El paisaje iba llenándose de extrañas casas aisladas, perdidas en los campos amarillos y verdes. Habían quedado atrás las afueras desordenadas de la ciudad, en las que se mezclaban cercos para caballos, ventas rurales e industrias abortadas en un monstruoso híbrido de agro y urbe. Al cabo, el amarillo del cultivo dio paso al verde y a los bosques de árboles achaparrados que se levantaban junto con el terreno. El coche comenzó a serpentear entre colinas, el paisaje ya era agreste y húmedo. Fue difícil encontrar la señal para San Millán Ignoto entre la lluvia que nos cayó encima como una cortina negra, de improviso. Por fin dimos con el desvío que subía por un camino de grava con el ancho justo para que pasase el coche, rodeado de hierba y cercados de piedra y alambre. "Esto es el verdadero culo del mundo", murmuré al vislumbrar apenas las veinte casas del pueblo humeando bajo la lluvia. Pasamos lentamente por la entrada de la aldea, cuando vi que una sombra se lanzaba a nuestro encuentro con un paraguas negro, gesticulando. Era don Alonso Peña. Nos señaló un cobertizo cubierto de uralita, pegado a una casa diminuta. En la puerta apareció un tipo con la cara arrugada, como vuelta hacia dentro, flaco y vestido con un mono de trabajo azul. Fumaba un cigarro y nos miraba de reojo. Aquel debía nuestro testigo. Nada más dejar el coche, Rodrigo salió disparado con su mochila al hombro, saludó levemente a don Alonso y se perdió en la lumbre cálida de la casa. Nuestro anfitrión me esperaba con Peña, con la vista clavada en la punta de sus zapatos.

—Bonita tarde. Don Alonso, ¿es éste el hombre?

—Así es. Te presento a Luis. Luis, éste es Adrián Sánchez, el hombre del que te he hablado.

Le estreché la mano, firme y rasposa. Suspiró un "mucho gusto" falto de convicción.

Nos adentramos en la casa buscando el calor de una chimenea en la que crepitaban los troncos. Rodrigo ya había acercado una silla a la lumbre, a la que miraba con anhelo. La casa era humilde.

En la misma estancia se mezclaban salón, cocina y comedor. Un frigorífico y unos fogones de gas ocupaban un extremo, enfrentados a una mesa y un par de sillones junto a la chimenea. Una pequeña televisión de tubo, por la que menudeaban personitas chillonas, competía con el fuego por nuestra atención. Había dos puertas delgadas, una conducía al cuarto de baño, la otra abría un armario. Unas escaleras subían al altillo de la casa, en el que imaginé el dormitorio. Dejé el libro de Poveda sobre la mesa y me acomodé en uno de los sillones. Don Alonso estaba evidentemente excitado, deseaba hablar del objeto de nuestro viaje cuanto antes, pero se contenía. Esperaba al tal Luis. Nos ofreció unas tazas de café.

—Rodrigo, qué gusto verte. Espero que hayáis tenido buen viaje. Luis es amigo de mi familia, ¿sabéis? Desde hace años. Es de San Millán, lleva aquí toda la vida. Yo solía veranear en la sierra de niño y claro, hemos crecido juntos. Me llamó hace dos días, porque me imagina un hombre sabio, para decirme... Pero bueno, esperaremos a que nos lo cuente él mismo, ¿no os parece? Bebed los cafés. Aquí viene.

Luis entró mirándonos de reojo, quizás sintiéndose incómodo en su propia casa. Sin saber qué hacer, cogió una taza vacía de la encimera de la cocina y la sostuvo en la mano, como si pretendiese beber del aire. Nos quedamos callados, esperando. Por fin se decidió a hablar.

—El señor Alonso les habrá contado ya, así que no me andaré con tonterías. Hace tres semanas que la vi por primera vez, a la Serrana. Yo no me creía que esas cosas fueran ciertas, aunque mi abuelo me contaba historias de niño, y un primo mío, de pequeño, juraba haberla visto. A saber. Pero lo que yo digo es verdad, cada jueves la veo, igual que los veo a ustedes ahora. Se lo he dicho a la gente de aquí pero les da miedo y no dicen nada. Así que pensé en el señor Alonso, que fue a la universidad, y le dije que viniese que era importante. Aquí ya le conté de qué se trataba y me dijo que ustedes sabían de estas cosas, que estarían interesados en coger algo de la Serrana, en hacerle fotos, que eso luego vale dinero. A mí me parece bien, nos repartimos y contentos. Pero yo sobre todo quiero que me ayuden a librarme de ella, porque me da miedo cuando viene...

Interrumpí la retahíla de Luis.

—¿Cómo que viene? ¿Se refiere a esta casa?

Asintió, apretando todavía más la taza hueca en sus manos. Rodrigo dio un respingo en la silla,

apartó la vista del fuego por primera vez.

—Sí, claro. La primera noche yo estaba aquí, viendo la tele, y escuché de repente un ruido como de pasos afuera, algo que rascaba la puerta, y salí a ver qué era. Abrí y vi que alguien había metido unos hierbajos en la cerradura de la puerta. Pensé, habrá sido el hijo del Alberto que es un vándalo, me salí a la calle para ver si lo veía y le decía un par de cosas. Dejé la puerta abierta y dí la vuelta a la casa, pero como no veía a nadie pues me volví dentro. Iba a cerrar la puerta y entonces oigo a alguien en la cocina, y una sombra como de persona, muy alta, ¿sabe? Me fui para allá. Apenas la vi de perfil pero ya se me cayó el alma al suelo. Porque aquello no era humano. Me tapé la boca para no respirar muy fuerte y subí al altillo, muy lento para no hacer ruido. No encendí la luz, me quedé a oscuras y la escuché andar por la casa, tocarlo todo, y cómo crujían sus manos. Apestaba a hierba mojada, a flores rotas, a barro. La escuché murmurar pero aquello no era una voz, y tampoco le había visto boca yo. No sé qué podía ser. Pasaron horas, no me atrevía a moverme para no hacer ruido. Ya era de madrugada cuando escuché que volvía a salir por la puerta, y entonces bajé y me lo encontré todo en su sitio, la tele en marcha, la lumbre casi apagada. Pensé que me estaba volviendo loco, que me lo había imaginado, cuando vi la flor aquí —Levantó en alto la taza, sin dejar de mirarla—. Había crecido una margarita dentro de la taza, con raíces y todo, pero no había tierra.

"No se lo dije a nadie, pasó una semana. Yo ya estaba tranquilo pensando que me iba a olvidar de todo el asunto cuando, la noche del jueves, otra vez escucho algo hurgando fuera en la cerradura. Al momento me escondo en el armario, creyendo que no podría abrir la puerta. Pero la abrió la cabrona, apenas me metí en el armario. La escuché moviéndose muy lento, entró en el salón. Pasó por delante de la cerradura y tapó la luz, me eché para atrás pensando que iba a abrir la puerta, pero al ratito se movió. Me asomé por la cerradura y vi que lo tocaba todo. Me dio un asco que estuve a punto de vomitar, ¿sabe? casi no me contuve. Las manos eran... no tenía piel ni nada así. Era verde y marrón, y los pies eran retorcidos, largos como unas raíces. No le vi la cara. Plantó sus florecillas, escondiéndolas por los rincones. Se pasó horas así, y al poco del amanecer volvió a irse. Esta vez se lo conté a todos los del pueblo, pero no dijeron nada. Están cagados de miedo o me toman por loco, una de dos. Así que ustedes, que la verán mañana, ya me dirán qué tengo que hacer para que no vuelva a entrar a llenarme la casa de hierba."

Dí un sorbo a mi café. Rodrigo me miraba con los ojos muy abiertos, y don Alonso se mordía las uñas. Ya teníamos nuestra historia, ahora nos faltaba el objeto. Rompí aquel silencio teatral.

—¿Tiene alguna de esas flores de la Serrana, Luis?

—No, las he quemado todas.

Me sorprendí ante la falta de visión para los negocios del tal Luis. Podía haber recogido cualquier margarita del borde de la calle y decirnos que la había arrancado del mismo cuerpo de la Serrana. La historia, la parte mágica del asunto, podía aplicarse en realidad a cualquier objeto, que haría las veces de recipiente del mito. Y así el objeto participaría de la magia de la historia, alzándose entre el resto de baratijas, convirtiéndose en un objeto extraño digno de colección. Pero Luis debía ser verdaderamente honesto, o tenía ganas de hacernos perder una noche de vigilancia en su salón. Mi experiencia me lo había demostrado en múltiples ocasiones: los espíritus aparecen puntualmente cada medianoche, menos cuando hay alguien con una cámara de fotos esperando. Y eso aunque en la tienda guardábamos cientos de fotografías de ectoplasmas y cabezas flotantes. La mayoría de ellas fraudulentas, otras sobre las que pesaba una duda razonable.

Pasamos la noche sobre unos colchones viejos, envueltos en sacos de dormir. Don Alonso subió al altillo, donde había dos camastros disponibles. Dormí de un tirón, lleno de sueños plácidos que, al despertar, no dejaron en mí ni su recuerdo. Amanecía, la luz gris del día tras la tormenta inundaba la casa, y noté entonces que Rodrigo leía el libro de Poveda con una linterna en la mano, ojeroso y demacrado. Había velado la noche entera con el maldito libro.

La visita de la Serrana no se produciría hasta la noche, lo cual nos dejaba un día vacío por delante. Don Alonso salió con Luis, temprano, a revisar un campo en el que pastaban sus vacas al otro lado del monte. Rodrigo había desaparecido después del desayuno. Me pareció verlo salir de la aldea e internarse en el bosque. Lo dejé tranquilo con sus ensoñaciones, salí a pasear por la aldea. Recorrí la calle principal, hecha de cemento sin adoquinar, en apenas cinco minutos. En el otro extremo la calle desaparecía y volvía a convertirse en un camino de tierra, que caía hacia unas pocas casas desperdigadas. No me había cruzado con nadie. Continué por el camino hasta que llegué a un recodo cortado por un riachuelo, formando un mar de barro. A mi lado, al otro lado de un alambre, un mulo masticaba hierba fresca. Vi a una vieja doblada que se se acercaba por el camino, al otro lado del riachuelo. Cuando estuvo a tiro le lancé un "buenos días". "Buenos los tenga usted", dijo. La ayudé, como pude, a cruzar el barro. Se quedó mirándome.

—Usted no es de aquí.

Negué con la cabeza.

—Adrián Sánchez, para servirla, señora. Vengo de Sevilla. Nos llamó Luis...

La señora hizo un gesto con la mano, como si lanzase algo por encima del hombro, y echó a andar de nuevo. Le pregunté, sonriéndome:

—¿Ha venido a visitarla la Serrana últimamente, señora?

Se volvió y me miró como si yo no entendiese nada.

—No. Si ha estado yendo a casa del Luis será que busca un marido. De poco le iba a servir yo. ¡Hale, con Dios!

Crucé el arroyo de un salto y seguí caminando, colina abajo. El paisaje desapareció tras una bruma helada. Un marido...

Volví a la casa para la hora del almuerzo. Don Alonso y Luis ya estaban allí, comimos sin esperar a Rodrigo, que no apareció hasta media tarde. Le pregunté dónde había estado todo el día. "En una cueva", dijo, algo distraído.

A medida que oscurecía y se acercaba la hora, Luis saltaba de su asiento con cada ruido, como si tuviera un resorte; caminaba de un lado a otro de la habitación. Subía al dormitorio y bajaba trayendo cosas en la mano, que luego tenía que volver a subir. Fumó varios cigarrillos a medias. Rodrigo y don Alonso prepararon sus cámaras. Decidimos que el armario era muy pequeño para todos, así que Rodrigo y yo nos esconderíamos en el cuarto de baño, don Alonso en el armario y Luis se quedaría en el altillo. Cuando ya no se veía un jirón de claridad al otro lado de las ventanas, cené un pan con manteca. El resto no quiso probar bocado. Me reí de ellos para mis adentros. Cuando Luis nos dijo que podía aparecer en cualquier momento, fuimos cada uno a nuestros puestos. Esperamos.

En principio no ocurrió nada. Habíamos dejado la televisión y la luz del salón encendidas, para cambiar el escenario lo menos posible con respecto a las noches anteriores. Yo observaba a Rodrigo

respirando pesadamente. Quise decirle algo, pero entonces sonaron los chasquidos. Me vacié de pensamientos, el universo entero reducido a aquel crujido en el interior de la cerradura. Escuchamos que la puerta de la casa se abría, que entraban unos pasos extraños acompañados de un soplo de viento helador. El intruso se detuvo frente a la puerta del baño, Rodrigo y yo nos aguantamos la respiración. Olía a hojas descompuestas, a lluvia, a ramas y fango. Escuchamos un murmullo que era el borboteo del agua en un arroyo, el eco de una gruta. No había ninguna cualidad humana o de habla en aquel sonido. Al cabo notamos que la aparición se alejaba hacia la cocina. Yo todavía suponía que aquello era un zorro o algún otro animal. ¡Un zorro! Me asomé al ojo de la cerradura y la vi. El cuerpo retorcido, sin piel, hecho con hojas y lianas, con grumos de tierra. La cara no tenía ojos, pero era ligeramente humana. Tenía pechos, como de mujer, y una cabellera de muchos colores y pétalos. Rodrigo me apartó, la miró con ojos desorbitados. Yo no podía creerlo. Se me ocurrió que soñaba, o que todo era una elaborada trama. Sonó entonces el grito en el altillo, y aquel estruendo bajando las escaleras.

El tiempo quedó anulado, todo sucedió a la vez. Rodrigo abrió la puerta, vi que la criatura se revolvía. En algún momento había irrumpido en la habitación Luis con un hacha de leñador y se lanzaba contra la Serrana, que gritaba con el sonido de un huracán y los rayos de una tormenta. Los pies de Don Alonso sobresalían del armario, rendidos en el suelo. Rodrigo agarró el hacha de Luis, que apretaba los dientes y gritaba como un loco. Vi que crecían ramas y lianas cubriendo las paredes, la televisión cayó al suelo y saltaron unas chispas. Las ramas envolvieron a Luis, que desapareció en su abrazo. Yo salí del baño y corrí fuera de la casa, agarrándome la cabeza, hasta el linde de la aldea. Allí miré atrás. Las chispas de la televisión debían haber prendido la alfombra del suelo, las cortinas, porque la casa empezaba a inflamarse, rodeada del negro inmenso de los montes. Salieron personas de las casas cargando cubos, gritando cosas incomprensibles. Distinguí a la vieja de por la mañana, que no me quitaba el ojo de encima. Una sombra alargada que surgió de las llamas, rompiendo la ventana del altillo, creciendo hasta el suelo como una planta enredadera y luego recomponiéndose en una forma humana. Cargaba con un cuerpo inmóvil. Grité, "¡Rodrigo!" Me lancé a perseguirlos, la figura corría al bosque. Entré en la masa de troncos escuálidos, ciego, seguía el murmullo de las pisadas que se alejaban hacia mi izquierda... Luego a mi derecha. Tropecé con una raíz, y al levantarme no recordaba en qué dirección caminaba. Las hojas se agitaban sobre mi cabeza, tenía el cuerpo frío. Volví a llamar a Rodrigo, gritando. No dejé de andar buscándolo primero a él, luego la aldea de San Millán, sin encontrar a ninguno, ni la luz de la casa en llamas. Nada. Creo que pasaron horas.

No puedo asegurar que lo que encontré al cabo de un tiempo eterno en aquel bosque no fuese una pesadilla, o la última alucinación de aquella noche de locura. Vagaba, agotado y aterido, me apoyé contra un tronco y me di cuenta que estaba en un claro con un estanque verde, al pie de una pared rocosa en la que se abría una cueva. El cielo estaba cruzado de un cinturón de estrellas. Escuché a una rana que croaba y se hundía en la charca con una leve salpicadura. Entonces me fijé en las sombras que se agitaban en la orilla, sobre el suelo de hierba y la hojas. Me atreví a acercarme, y poco a poco fueron quedando definidos los contornos de los cuerpos, las embestidas furiosas del sexo y los gemidos. Rodrigo estaba abrazado a aquel amasijo que le abría sus piernas hechas de tierra, rama, hongos. La Serrana suspiraba como la brisa, solapándose a ella, quizás produciéndola. Brotaban insectos de su cuerpo y flores blancas y violetas de sus dedos, de su larga cabellera viva que se enredaba en torno a la nuca de Rodrigo. Él no parecía preso, guardaba su voluntad intacta, y arremetía y besaba a aquella criatura con verdadera pasión. Entonces levantó los ojos del cuello de la Serrana, me miró fijamente. Me sonrió de una forma atroz, volvió a concentrarse en su amante.

Caminé lentamente, como un autómatas, de vuelta a la espesura. Cuando logré volver a la aldea, del todo ausente, me dijeron que murmuraba sinsentidos. No dormí aquella noche, no hubo despertar ni frontera entre la visión de lo imposible y el retorno al mundo racional. Por eso aún hoy dudo de estar cuerdo. Don Alonso y Luis murieron en el incendio, aunque probablemente Luis ya había muerto en el momento de arder, ahogado por las ramas de la Serrana. Todo había sido provocado por Luis que, enloquecido por el miedo, había decidido librarse de la Serrana a hachazos. Jamás he llegado a saber cómo murió don Alonso, pero el fuego lo consumió igualmente. Al amanecer convencí a la gente de San Millán de que me ayudase a buscar a Rodrigo en el bosque. Registramos cada palmo de monte, no apareció. Puse una denuncia, sé que la guardia civil buscó durante semanas pero no se encontró nada. Volví a Sevilla vacío, despojado de cualquier principio. Reabrí la tienda intentando recuperar el curso de mi vida, pero me faltaba una pieza fundamental. Rodrigo no estaba, pero yo lo imaginaba viviendo en el monte como un salvaje, convertido en compañero de aquel ser, esa diosa pretérita e incomprensible. Recordaba siempre su mirada mientras abrazaba a la Serrana, y sabía que mi amigo había encontrado, al fin, eso que buscaba.

* * *

Ese debería haber sido el final. Ha transcurrido algo más de un año, yo había aprendido a vivir en la amnesia. Para sentir que mi vida seguía su curso natural, decidí irme a vivir con aquella muchacha dulce, Beatriz, y ahora hablamos abiertamente de matrimonio. El jueves pasado, paseando por la

calle Feria, me paré ante un puesto de libros viejos. Entre ellos me encontré con una edición chamuscada de aquel *La diosa del monte* de Poveda. Iba a dejarlo allí pero algo, una idea descabellada, me hizo cambiar de opinión. Pagué al vendedor y entré en un bar cercano, pedí una cerveza. Arropado por el escándalo del local inspeccioné el libro. Tenía los bordes quemados, manchas de tierra y humedad en las páginas interiores. Abrí por una hoja al azar, correspondía al capítulo sobre los hábitos reproductivos de la Serrana. Encontré unas líneas subrayadas:

La Serrana busca en ocasiones a una pareja entre los humanos para que la fertilice y pueda dar a luz a un niño de ojos verdes, que será capaz de hablar con los pájaros, los peces de río y los ciervos. El destino de estos niños, en la antigüedad, era convertirse en sacerdotes, sabios y videntes. Para reproducirse, la Serrana busca hombres de una sensibilidad particular y los mantiene a su lado como "maridos" durante un año dedicado por entero al desenfreno sexual. Terminado el año, dice la tradición, el marido de la Serrana se convierte en roble, y ella da a luz al niño portentoso, que abandona con los humanos para que éstos lo cuiden.

Ya lo he dispuesto todo. Acabo de decirle a Beatriz que planeo volver a San Millán Ignoto para buscar a un niño de ojos verdes.